

I- INTRODUCCION

Durante siglos, el mundo ha sido testigo del florecer y marchitarse de numerosos sistemas políticos, desde organizaciones sociales sencillas y rudimentarias, hasta culturas de extraordinario esplendor y desarrollo, como lo fueron: China en Asia; Egipto y Persia en Oriente; Grecia y Roma en Occidente; o bien, los Imperios Azteca o Inca en el nuevo mundo. La organización y el quehacer político no es, consecuentemente un fenómeno reciente sino, por el contrario, ya bastante antiguo. Como tal el mismo ha sido siempre motivo de reflexión por parte de pensadores tratando de valorarlo y explicarlo. Dentro de esta óptica, la obra "Manifiesto Democrático" de Ferdinand Peroutka no es, por lo tanto, un género innovador ajeno a la labor intelectual. Sin embargo, en una época dominada por la problemática política, en que la complejidad de la vida moderna y su acelerado ritmo de conducción, unidos a la excesiva especialización del conocimiento humano, han llevado a la sociedad, y al hombre en general, a vivir sometidos al trágico espectro de la mediocridad y el conformismo, es estimulante encontrar obras como la de Peroutka, de gran trascendencia y valor, que lo conmueven a uno hasta lo más íntimo de su ser, y lo llevan a abrigar la esperanza de que la lucha por nuestros derechos y convicciones aún no está terminada; sobre todo ahora en que la democracia, como bien afirma Berle, "se encuentra en el umbral de un nuevo período inmensamente fértil". Con este sentimiento de fe en el futuro del hombre, me he querido abocar a la tarea de escribir este ensayo como un medio de contribución al entendimiento y estudio de este nuestro sistema político: la democracia.

Las líneas que siguen a continuación son el fruto de una reflexión muy personal, y no pretenden, de ninguna manera, sentar cátedra como fuente de la verdad. Sí responden, y en ello debemos ser sinceros, al deliberado intento de polemizar y, de ser posible, suscitar una sana discusión sobre el tema

* Segundo premio Concurso Clásicos de la Democracia en la obra "Manifiesto Democrático" de Ferdinand Peroutka. Es estudiante de Licenciatura en Derecho de la Universidad Autónoma de Centro América, Escuela Libre de Derecho.

II- HISTORIA Y DEMOCRACIA

Al hablar de democracia, es un deber ineludible, el tratar de conceptualizar qué es lo que por ella se entiende. En un sentido amplio, que se ajuste a toda idea de democracia, ésta puede ser definida como un "sistema político basado en el reconocimiento del principio de que toda autoridad emana del pueblo; y que se caracteriza por la participación de éste en la administración del Estado". Sin embargo, esta definición no estaría completa si no agregásemos que la misma, también se caracteriza porque garantiza "los derechos fundamentales del individuo", entre ellos, la libertad.

Siempre he creído que la historia del mundo es un continuo relato de la lucha del hombre por ser libre; pues la libertad se ha manifestado continuamente, a través de todos los siglos, como una fuerza y una necesidad. Es por ello, que tratar de determinar los orígenes de la democracia, único sistema político existente que consagra la "libertad" como elemento esencial de la misma, sería fascinante, ya que nos impondría la necesidad de examinar la totalidad de la historia de la humanidad. Semejante tarea, escapa, sin embargo, al objetivo de este ensayo. Ello no significa que no podamos tocar algunos aspectos relacionados con él, como es el caso de la dialéctica en la historia, tema al que Peroutka ha dado gran importancia en su obra, pues él sostiene que la democracia surge como consecuencia de la lucha de contrarios a través de toda la historia de la humanidad. El nombre de la presente sección, titulada "Historia y Democracia", ya le habrá sugerido al lector la pretensión de analizar, precisamente, este aspecto de la obra, el cual nosotros no compartimos.

La historia lo es, evidentemente, de acciones humanas, que responden a circunstancias, ideas y necesidades de las sociedades en un determinado período. Ciertamente, y el autor pareciera entender esto, el hombre crea la historia "en su intento por satisfacer sus intereses materiales y no materiales, clara y vagamente comprendidos". Sin embargo, que la historia sea una historia de lucha de clases, me parece un grave error que no alcanzo a comprender en un autor de la profundidad y capacidad de Peroutka. Este error que a simple vista no pareciera tan grave, comporta implicaciones de gran trascendencia que analizaremos a su debido tiempo. Por

el momento, bástenos decir que la causa del movimiento de la historia es la voluntad y la libertad del hombre para actuar conforme a ella. Refiriéndose a este problema, el autor nos dice: "No se ha descubierto ni una sola causa del movimiento de la historia. Únicamente la mente de un teórico ocasional ha levantado una parte de ésta, por encima de las demás declarando que se trata de una sola. Existen teorías históricas que ni siquiera mencionan la influencia de la razón, y ha habido otras que ni siquiera mencionan la influencia de la materia". ¿Significa lo anterior que Peroutka es materialista? Particularmente no lo creo, ya que más adelante en su obra él mismo se encargará de criticar esta concepción filosófica, base de la Doctrina Marxista, (Materialismo Histórico y Dialéctico). El autor, por el contrario, y he aquí otro elemento para no considerarlo materialista, le reconoce a la "razón" el carácter de fuerza histórica positiva cuando afirma: "La mente del hombre no es simplemente una reflexión pasiva de lo que encuentra; de ser así, la historia no sería más que la repetición eterna de las mismas situaciones... El hecho histórico básico es que el individuo piensa, el individuo desea, el individuo se esfuerza". De lo anterior, sería lógico deducir "sí," Peroutka reconoce que la razón es fuerza positiva de la historia, entonces, ¿cómo dice el que estas líneas escriben que es dialéctico? Esto pareciera, lo reconozco, un contrasentido; pero por extraño que parezca, es dialéctico. Sí, así como me leen: es dialéctico. Bueno, pensarán ustedes, ¿este señor se volvió loco! Nada de esto, pues el contrasentido está en el autor y no en mí, pues él es quien dice: "A pesar de la actividad incisiva de la razón, la historia no progresa hacia adelante, en línea recta, sino siempre hacia arriba. La historia es un diálogo entre la voluntad y las condiciones objetivas"; y citando la labor de Hegel, escribe: "...gracias a su doctrina permanece incólume una partícula de verdad, el reconocimiento de un movimiento dialéctico entre polos opuestos".

La idea de que la historia era dialéctica no es en realidad una ocurrencia original de Hegel, cuyo único mérito fue el de revivir una concepción planteada dos mil años antes por los griegos. Para Hegel la realidad no son las cosas, sino la historia, entendiendo por ésta, la marcha del Espíritu desde la Idea en sí y para sí (Dios antes de la producción del mundo sensible), pasando por la alienación u objetivación inconsciente del espíritu de la naturaleza, tomando conciencia de sí después en el hombre, hasta realizarse al final de la historia. Este proceso del Espíritu o Historia es lo que Hegel llama la Razón. Ahora bien, es importante señalar que la "Razón" de Hegel, no es lo mismo que la "Razón" de Peroutka. Para este último, el término "Razón" es empleado en el

sentido común como "acto de discurrir el entendimiento del hombre".

Para Hegel, entonces, la "Razón" o "Historia" es dialéctica, es decir, no es algo continuo, sino que procede a saltos; cada momento (tesis) es superado por medio de su negación (antítesis), originando otro momento superior (síntesis), que a su vez es tesis para una nueva antítesis, y así sucesivamente. En esta dialéctica de la negatividad, como se le conoce filosóficamente, en la que cada momento engendra su contrario y se compenetra con él, la contradicción es el motor de la historia.

Dentro de esta construcción filosófica, concebida por Hegel, se encuentran dos nociones clave, cuyo examen resulta obligado al hablarse de dialéctica. Estas nociones son: a- la alienación y; b- la superación.

Con el término alienación se designa el momento dialéctico de engendrar lo opuesto, esto es, la antítesis; en consecuencia, la antítesis es la tesis alienada.

Con el término superación, se hace referencia a la superación por medio de una supresión que conserva lo suprimido, o sea, que el momento del proceso dialéctico contiene y supera al anterior; con lo cual el proceso resulta ascendente y progresivo.

Peroutka, si bien es cierto, y en esto es necesario hacerle justicia, no comparte totalmente la concepción de Hegel, pues considera que él "comprometió sus enseñanzas cuando, al descuidar las circunstancias visibles, declaró que la Razón es la esencia del universo". Como vemos, la "Razón" de Hegel no es la "Razón" de Peroutka; así pues, este último tuvo el mérito de saber aislar uno de los grandes errores de Hegel, aunque fracasó al tratar de determinar en qué consistía éste. Peroutka creía que la "Razón" de Hegel era la "esencia del Universo", y en ello acertó sólo parcialmente, pues más tarde dirá, que para el citado filósofo "la historia estaba gobernada, de acuerdo con un plan determinado, por una idea absoluta, probablemente representada por el entonces gobierno autoritario Prusiano".

En realidad, para Hegel, como Idealista, la materia es una manifestación o producción del espíritu; y así entonces, él concibe a la naturaleza como una derivación del espíritu y en subordinar el ser (lo singular) al valor absoluto de la idea (universal). Para Hegel, este Absoluto (al que llama Dios) es un proceso, el cual es inmanente a la naturaleza y al espíritu (no trascendente o distinto del mundo), y que constituye en su desarrollo todo objeto y todo pensamiento. Este Absoluto, es para Hegel, lo que gobierna la Historia.

Como hemos podido apreciar hasta ahora, Peroutka recoge el tema de la dialéctica, más a diferencia de Hegel no lo considera como producto de una conciencia universal (la Razón), sino como el resultado de circunstancias de un orden más bajo. Sin embargo, el autor omite mencionar cuáles son estas circunstancias. A simple vista podría pensarse que estas "circunstancias de un orden más bajo" bien podrían ser "la razón", en el sentido ya antes visto. Mas esto no es tan sencillo, pues más adelante el autor sostendrá que "la razón no es dialéctica" y que, "donde merced a las circunstancias la razón no consume totalmente su labor, el movimiento entre las contradicciones con frecuencia se mantiene listo a empujar poco a poco a la sociedad"; y concluyendo dirá: "la verdadera causa de las contradicciones del individuo es la imperfección. Un estado de cosas que no satisface todas las necesidades de la naturaleza humana, o que no refleja todos los aspectos de la realidad, tarde o temprano es afectado por una contradicción". Tal proposición es evidentemente engañosa, pues un lector poco precavido, fácilmente podría pensar que, para el autor, la "razón del hombre", o lo que es lo mismo, la voluntad y la libertad para emplearla, son el motor de los acontecimientos de todos los días. Sin embargo, en Peroutka la realidad es muy distinta, pues como él sostiene que la causa de las contradicciones es la imperfección, debemos concluir que la causa del movimiento de la historia serán siempre las contradicciones; esto en virtud de que el hombre, como hombre, será siempre imperfecto y, consecuentemente, sus actos y logros también lo serán.

De lo anteriormente escrito se desprende que, en Peroutka, lo que pareciera ser supletorio con respecto al movimiento de la historia (las contradicciones) son en realidad lo principal y, de este mismo modo, lo que sería lo principal (la razón) es lo accesorio. En consecuencia, podríamos preguntarnos: ¿cuál es la diferencia de llamar a la causa que provoca el procedimiento dialéctico en la historia "Absoluto" según la denominación de Hegel, ¿o "Imperfecciones" según la de Peroutka? Por supuesto, que tras el "Absoluto" de Hegel hay todo un trasfondo filosófico un tanto complejo que Peroutka no comparte; más, sin embargo, eliminando este trasfondo por razones prácticas, ¿ambas denominaciones "Absoluto" o "imperfecciones" no conducirían al mismo efecto: las contradicciones como motor de la historia? Estas son interrogantes que cada lector deberá resolver.

Particularmente creo, y en esto he sido lo suficientemente claro a lo largo de toda mi exposición, que al hablar de la historia debemos partir de la afirmación de que el hombre es libre y libremente actúa. Esto es, sencillamente, un juicio que no puede de

ninguna manera estar sujeto a discusión. Yo escribo estas líneas porque me da la gana; y porque me da la gana, actúo dentro del ámbito de mi propia historia todos los días.

El objeto de la historia es la vida de los pueblos y de la humanidad. Son los actos voluntarios y libres, de quienes conforman un pueblo, los que producen su historia; en consecuencia, se debe rechazar, categóricamente, la subordinación del hombre a los comportamientos dialécticos. Las causas de los acontecimientos que suceden a lo largo de la historia, y en esto debemos ser tajantes, no pueden ser reducidas al poder de la dialéctica de engendrar un contrario; pues no sostener esta tesis significaría reducir la participación del hombre dentro de la historia, a una función meramente pasiva, de espectador, sin concederle el papel que, dentro de la dinámica propia de ésta, el hombre tiene por derecho propio.

Siendo entonces la historia el producto de actos libres y voluntarios del hombre, se debe concluir que la democracia es el resultado de los mismos y no, como pareciera indicar Peroutka, producto del proceso dialéctico de la historia. Esto significa, que la democracia surge como consecuencia de la lucha incesante del hombre por ser libre; y que solamente en la búsqueda de esta libertad puede situarse coherentemente el origen de toda democracia.

Me imagino, que después de esta larga exposición sobre "la Razón", "la Historia", "la Dialéctica", "el Absoluto" y tantos otros conceptos, se estará el lector preguntando: ¿y todo esto para concluir en unas pocas líneas que el origen de la democracia es consecuencia de la libertad del hombre? A quienes así piensan sólo les diré que, en esas pocas líneas, se resume la verdad y la razón de ser de todo sistema democrático.

III- EPOCA DE CONFUSION

Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que vivimos en una época que como ninguna otra se ha caracterizado por un desarrollo sin paralelo en toda la historia de la humanidad. Quienes pasan del medio siglo de existencia han podido presenciar, e incluso participar, de grandes acontecimientos. Sin embargo, la velocidad con que éstos se han sucedido en los últimos años no deja aún de sorprendernos y asustarnos, pues pensamos que tal vez no seamos capaces de afrontarlos; y así entonces, como el niño que descubre el mundo desconocido que ante sus pies se extiende lanzándole un reto a su corazón, mucho antes de que ponga a prueba la fortaleza y resistencia de sus piernas, así nosotros, nos

asomamos a la orilla del mundo y aún más allá, tratando de desentrañar la enmarañada y oscura realidad que ante nuestros ojos se presenta, para poder observar extasiados las maravillas que, día a día, la ciencia y la tecnología a manos llenas nos prodigan.

Cuando consciente del papel del hombre sobre la tierra veo programas como Cosmos, de Carl Sagan, o el Planeta Azul con las investigaciones y descubrimientos de Jacques Cousteau, no puedo reprimir un escalofrío que, como descarga eléctrica, me recorre todo el cuerpo; y en estos momentos, en los que me siento elevado en mi condición de hombre por sobre toda otra criatura de la creación, mentalmente pienso: "qué maravilloso es el conocimiento humano que nos permite dominar las fuerzas de la naturaleza". En efecto, el hombre ha aprendido a dominar la naturaleza, y lo ha hecho con magistral capacidad; pero ha fracasado estrepitosamente en dominarse a sí mismo, en dominar su propia naturaleza y las fuerzas que de ella se derivan. El hombre, como ser racional y cognoscente que es, no ha sabido afrontar tal fracaso, e incapaz de superarlo se ha sumido en el desesperante mundo de la confusión.

En 1983, Emmanuel Le Roy Ladurie, del Diario L'Express con motivo de la publicación del libro "Cómo Terminan las Democracias" de Jean Francois Revel, escribió: "La democracia en lo que tiene de mejor, lleva consigo efectivamente, las causas de su propia pérdida. Tolerancia en su seno adversarios asesinos, los que ellos no soportarían en el suyo". Como romántico idealista que soy, amante de la libertad y el respeto a los derechos de los hombres, no puedo creer que la historia le depara a ésta, la democracia, tan fatídico y nefasto fin: el de su extinción.

Vivimos, como ya dijera anteriormente, una época de confusión que es producto de nuestra propia ignorancia e incapacidad para comprender en su verdadera dimensión, los hechos económicos, sociales y, principalmente, políticos que suceden a nuestro alrededor. Esta confusión, y sólo ella, es la que eventualmente acarreará nuestra propia destrucción. Es por ello necesario que hoy día, en que el hombre es presa fácil de la demagogia y la politiquería, de la propaganda y los esquemas preconcebidos, comprenda cabalmente y en forma cruda y realista, las virtudes y defectos del sistema por el cual nos gobernamos; pues en ello nos va la subsistencia. Solamente entendida nuestra democracia, podemos mejorar nuestros aciertos y corregir nuestros errores. Peroutka supo captar y entender esto en forma clara y definida, y ello constituye tal vez el mayor acierto de su obra.

IV- ¿EL FINAL DE UN ACCIDENTE O LA HORA DE LA DEMOCRACIA?

En uno de sus últimos libros, el célebre escritor Jean Francois Revel escribe: "Tal vez la democracia haya sido en la historia un accidente, un breve paréntesis que vuelve a cerrarse ante nuestros ojos". Si la democracia es o no un accidente, es algo que dependerá de la íntima concepción que de ella cada uno tenga. Yo particularmente, he dicho y seguiré diciendo que la democracia es el producto de la lucha incesante del hombre por ser libre; por ser, pensar y vivir como un ser humano: como hombre. Ahora bien, la democracia no es por ello un sistema perfecto. Cuando hablé de la historia y la dialéctica, fui lo suficientemente claro al decir que no hay nada perfecto; pues el hombre como hombre, es y será siempre imperfecto y, consecuentemente, todo lo que él haga o de él provenga, también lo será. Así, pues, yo no concibo a la democracia como un sistema perfecto, sino como el menos imperfecto; ni como el mejor sistema, sino, como dijera Churchill, como el menos malo de todos los sistemas políticos que ha ideado el hombre. Vista así la democracia, sin pasiones ni sentimentalismos; sin exageraciones ni demagogias; entendiendo sus virtudes y aceptando sus errores, se presenta, como dijera Berle, "como un sistema sensitivo que ofrece a cada hombre y a cada mujer, la mayor oportunidad posible para su autodesarrollo"; y como esa "vía mediana" que buscaba Peroutka, para quien la democracia era la "vía de la vida que comportaba el menor número de muertes violentas" y una "vía de la libertad que comportaba el menor número de gentes encarceladas". Esta libertad, este respeto a la vida humana, unidos a la característica de ser la democracia un sistema dinámico y en constante desarrollo, que le ha permitido amoldarse a los diferentes cambios de la sociedad, es lo que la ha convertido (a la democracia) en una esperanza y en un anhelo para la humanidad, como el único medio para preservarla de su destrucción.

En 1977 en su libro "Democracia, Independencia y Sociedad Latinoamericana", don Oscar Arias, parafraseando a Víctor Hugo, escribió: "Nada hay más fuerte que una idea a la cual ha llegado su tiempo"; y acto seguido dice: "Creo que hoy es el tiempo de la democracia. Las dictaduras ya han tenido su hora. Ha llegado el tiempo de luchar por la democracia, por el gobierno para las grandes mayorías, como único camino para alcanzar la liberación de la miseria y de la dependencia". Comparto con el presidente Arias tan hermoso sueño, esperanzado en un mejor futuro para la humanidad. Sin embargo, experiencias recientes nos demuestran que la democracia aún debe enfrentar

grandes batallas; pues hoy como nunca se ve enfrentada a grandes peligros, jamás antes atestiguados en la larga y oscura historia de la humanidad. El comunismo nos acecha como boa constrictora presta a devorarnos y, nosotros, quienes gozamos del placentero dulce de la democracia y la libertad permanecemos impávidos y engegucidos, preocupándonos sólo de los problemas de nuestra efímera existencia.

La historia, que es maestra del hombre, nos muestra la futilidad de no tratar de ver, de no tratar de entender; y esta es la realidad de hoy en día, la mezquina realidad de nuestros gobernantes que no terminan nunca de salir de ese letargo en que se encuentran, para comprender de una vez por todas, que las páginas de la historia están cubiertas por los despojos de pueblos que fueron arrollados porque reaccionaron demasiado tarde, demasiado tímidamente al trazar una estrategia que contrarrestara la amenaza. Mas no hay nada nuevo en este cuento, es tan viejo como la historia misma, y cae dentro del extenso y triste catálogo de lo estéril de la experiencia.

Nuestro principal error está en la incomprensión del totalitarismo, principalmente del comunista. En no entender que éste, por ser un fracaso social, incapaz de engendrar una sociedad viable, se orienta

necesariamente hacia el exterior con carácter expansionista. El día en que verdaderamente entendamos esto, y decidamos poner el remedio que pueda proporcionar el alivio, entonces gustoso podré gritar con el presidente Arias, que el tiempo de la democracia ha llegado. Hasta entonces, no podré augurar otro futuro para la democracia, más que el de su propia destrucción.

V-CONCLUSION

Al inicio de este ensayo, expresé mi intención de abocarme al estudio de la democracia con un sentimiento de fe en el futuro del hombre; por ello, no quisiera que después de las trágicas palabras con las que terminé la anterior sección, el lector pudiera pensar que tengo una visión pesimista sobre el porvenir de la democracia. Todo lo contrario, soy un convencido defensor de este sistema, y lo soy, porque creo en él. Por ello, y porque soy realista estoy convencido de que ningún logro en la historia es permanente. Consecuentemente, la democracia sólo podrá subsistir mientras estemos dispuestos a defenderla; permítaseme, por ello, terminar este ensayo recordando las palabras de Peroutka: "...algunos verán con desencanto que por siempre será necesario pelear, luchar y defender lo que ya ha sido ganado. Pero la vida y la historia nunca han sido de otra manera".